

Fernández, Víctor Manuel

La actividad que da plenitud (1)

Revista Criterio N° 2259, Marzo 2001

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *La actividad que da plenitud (1)* [en línea]. *Criterio*, 2259 (marzo, 2001)
<http://www.revistacriterio.com.ar/iglesia/la-actividad-que-da-plenitud-1/> Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/actividad-que-da-plenitud-fernandez.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

La actividad que da plenitud (1)

por **Fernández, Víctor Manuel**

Si bien podemos encontrar en la Escritura una bella espiritualidad del momento presente (Eclo 14, 14; Ecle 2, 24; 11, 10; Mt. 6, 34; Stgo 4, 13-14; 1 Tim 6, 17), no hay que confundirla con el inmediatismo posmoderno, que no es realista ni humanizante:

"El apego a lo exclusivamente gratificante del presente sentido como intemporal (que no debe transcurrir), el no tomar las experiencias y las cosas como transeúntes y caducas, es en el fondo un rasgo de inmadurez. Pero la mayoría de los humanos, inducidos por este residuo de narcisismo infantil autístico e intemporal, desean serlo todo sin dejar de ser nada ni prescindir de ninguna posibilidad perpetuamente abierta" 2.

De hecho, el libro del Eclesiastés invitaba a gozar de los regalos de Dios desde una firme convicción de lo pasajero, lo caduco, lo contingente de los gozos terrenos. Se trata de gozarlos cuando llegan, pero sabiendo que se acaban y *sin pretender aferrarlos*. Deben ser gozados como **"vanidad", es decir, como algo bueno, pero que es vapor, humo** que se esfuma rápidamente (Ecle 11, 10; cf. Stgo 4, 13-14).

Por eso el gran riesgo está en el engaño de pretender vivir permanentemente como si esta vida pudiera llegar a ser en todo instante un momento agradable, como si pudiera conseguirse la felicidad y la plenitud logrando disponer libremente de todas las posibilidades sin renunciar a ninguna:

"La impasibilidad lúdica, libre en todo momento para todo (sin sentir las constricciones modulativas de lo real), y constantemente apta para experiencias gratificantes aseguradas, tiene más de nostalgia de vida intrauterina que de existencia humana..." 3.

Sólo es realista la conciencia, y la aceptación, de que la vida es necesariamente un juego donde tensión y reposo se alimentan mutuamente. La actividad puede desarrollarse con más gusto, atención y presencia personal cuando se ha descansado convenientemente; pero también es cierto que no hay reposo más gratificante que el que se vive luego de un momento de tensión, no hay sensación plena de descanso sino después del trabajo, no hay distracción y recreación que se viva con más sentido de plenitud que aquella que sigue a un esfuerzo firme, perseverante e intensamente vivido.

Por otra parte, es una ilusión pretender una situación donde no haya esfuerzos. Hay que ser realista y reconocer que tanto caminar por la playa, como realizar un deporte, como desarrollar distintos hobbies, siempre requiere un esfuerzo, una cierta **tensión** física, algún desafío, una cuota de **atención** mental que se distingue claramente de la abulia o el puro relax. Fuera de las sesiones de yoga, o de masajes, o de instantes que uno pueda quedarse quieto en una piscina luego de un trabajo agotador, son muy escasos los momentos en que uno está casi totalmente inactivo, relajado, quieto, sin desgaste alguno. Es imposible vivir, mantenerse vivo y sano sin esfuerzo, sin tensión vital. Por eso, el descanso no puede ser el ideal más alto ni ocupar la mayor parte del tiempo. Y aun reconociendo que el reposo tiene un valor en sí mismo, no puede convertirse en un ideal de vida ni en algo que se busque con más deseos que servir a los demás con amor y hacerlos felices. El hombre, por lo general, alcanza su perfeccionamiento personal en la actividad, porque **"con su acción no sólo transforma las cosas y la sociedad, sino que se perfecciona a sí mismo"** (*Gaudium et spes* 35).

A la plenitud por la acción

Estamos hechos para actuar, de una manera o de otra. La vida contemplativa es también acción, porque la felicidad del cielo también será actividad desbordante, un continuo acto de amor plétórico de gozo. Pero en el sujeto *encarnado* que es el hombre, esto supone que la actividad interna se traduzca también en *manifestaciones externas*. Por eso, para Tomás de Aquino, la mayor perfección en esta vida no es la mera contemplación, sino *la contemplación que se comunica a otros (contemplata aliis tradere)*.

En este mismo sentido, San Buenaventura enseñaba que no se entiende realmente una verdad cuando sólo se reflexiona sobre ella, sino **"cuando se la pone en práctica, obrando bien"**. Por lo tanto, **no puede alcanzarse un pleno contacto contemplativo y amoroso con las realidades sobrenaturales si de algún modo no se las expresa en una acción externa.**

Pero la acción externa de amor tiene como objeto ante todo a otros seres *humanos* (Gál 5, 14); y por eso no se alcanza la plenitud de la contemplación de Dios si la persona no se ejercita en actos externos de amor hacia el prójimo:

"Quien quiere ser perfecto amante de Dios primero debe ejercitarse en el amor al prójimo, así como el que quiere ser un buen contemplativo debe ser primero un buen activo" 4.

Esto nos ayuda a descubrir que, si bien es necesario un proceso contemplativo que alimente la acción, la motive y la movilice desde adentro, también es cierto que, sin una actividad intensa y generosamente vivida, la contemplación y el amor a Dios no pueden crecer en profundidad ni alcanzar su perfección. Por eso hay que recordar algo que suele olvidarse: *una actividad bien llevada nutre a la espiritualidad*, la consolida, la fecunda, la enriquece, la profundiza y la unifica con las energías y la dimensión externa del hombre.

Esto es así porque lo que se contempla en la oración no desaparece del corazón cuando se actúa, sino que *se explora, se expresa, se realiza en la acción*. Por eso no es del todo correcto afirmar que la contemplación se alcanza sólo en los momentos de oración, ya que también en la acción está presente la dimensión contemplativa, aunque de un modo diferente, y también en la actividad hay una espiritualidad, aunque se la viva de una manera distinta de la oración.

Podemos decirlo de otra manera, en términos de "misión", ya que la vida misma puede entenderse como una misión: **"No es que la vida tenga una misión, sino que es misión" 5.**

Por eso, **"un cierto ritmo de trabajo es necesario para mantener la tensión espiritual"**, ya que **"cuando la actividad languidece de modo habitual, la vida del espíritu queda privada de un catalizador indispensable"**. Queda claro entonces que el ideal no puede ser jamás **"una acción desgastada, reducida a los mínimos obligados" 6.**

Los móviles concretos de una acción no desgastante

Pero esto supone que la tensión de la actividad tenga un móvil que la haga atractiva y le dé un sentido profundo. Para explicarlo, no puedo dejar de aprovechar la riqueza de Maurice Blondel. Él insiste particularmente en la necesidad de alcanzar una realización personal y una unificación de la propia vida en la acción misma, *pero que debe tener determinadas características*:

Es cierto que en la acción deben encauzarse las energías de la persona, que sin esa acción siempre seguirán siendo difusas, desperdigadas, desparramadas, caóticas. Pero para que esas energías se unifiquen encauzándose en acción, debe existir la convicción mental de un *fin* determinado que las reúne y las expresa. Si es así, las energías no se desgastan ni se

agotan en la acción, sino que se avivan **7**. Las personas que menos se desgastan, menos se quejan de cansancio, y menos necesitan espacios reparadores, son las que han logrado encontrar una motivación unificadora, profundamente convencidas y apasionadas en un **"para qué" que moviliza sus acciones**. Porque cuando es así, las energías vitales ya no son vividas como un sustrato profundo que puede dañarnos, perturbarnos o dominarnos, sino que empezamos a sentir las como **"nuestras", porque se someten a nuestra libertad** (A 141).

En este sentido, decía Karol Wojtila, la persona está integrada con su acción, porque se trata de una acción que no sólo **"ocurre", sino que brota de alguien que "se autogobierna y se autoposee"**, mostrando la eficacia consciente del yo personal **8**.

Siguiendo en esta línea, podemos decir entonces que una determinada actividad, que es movilizadora por un fin que unifica y aviva las energías de la persona, no será nunca una actividad desgastante (aunque deba ser regulada por la prudencia), sino más bien sanadora y liberadora, haciéndonos fecundos hasta lo inimaginable:

"No es pues administrando nuestras fuerzas como mejor las mantenemos y obtenemos de ellas el mayor servicio. Nuestros cálculos no deben ser los que hacemos para una bestia de carga, o para la tierra que se agota alimentando a la planta que produce... A medida que la actividad voluntaria penetra y domina las potencias del cuerpo, más recibe de ellas... que pueden también responder con una inagotable generosidad a la llamada del heroísmo...Reparamos y aumentamos nuestra energía cuando usamos de ella" (A 223-224).

Esto se confirma cuando vemos que, en algunos casos, el mucho tiempo dedicado a cuidar el cuerpo, o un excesivo tiempo de descanso, no produce una mayor fecundidad, ni una fortaleza mayor, ni siquiera una mayor intensidad vital, sino al revés:

"Lo mismo que el cirujano que se mantiene impasible durante una operación sangrienta debido a que él actúa, no puede a veces soportar la contemplación de eso mismo como espectador pasivo..., así no existe un límite fácil de precisar de la cooperación del cuerpo, de su fuerza de resistencia y su potencia moral, porque la acción lo une y eleva a la inagotable fecundidad de la razón y de la libertad... La mejor higiene no es cuidar el cuerpo sólo por medio del cuerpo" (A 224).

Pero Blondel aclara que, para alcanzar una acción de ese tipo, no se impone sólo un fin claro. Para que ese fin que nos proponemos tenga fuerza motivadora, impulsora y unificadora, debe aparecer como algo **"novedoso", como algo que todavía no poseemos** y que puede llevarnos a realizar un ideal personal, algo que soñamos llegar a ser y que todavía no hemos alcanzado. Por lo tanto, es algo que tampoco conocemos completamente, que no podemos **"ver" con total nitidez fuera de nosotros**. Eso que nos proponemos, para que pueda movilizar nuestro interés, debe ser real, pero también debe ser un sueño **que nosotros inventamos**:

"Es necesario que un motivo, para ser eficaz, para obrar la concentración de energías difusas y lanzarlas al ataque, aporte alguna perspectiva nueva y la promesa de algo desconocido para su conquista... Se dice que sólo se vive de esperanza, se trabaja con vistas a algo mejor...Si la idea no es nada sin el sentimiento, lo real tampoco se apodera de nosotros sin lo ideal" (A 142-143).

Aquí vemos que la motivación movilizadora y unificadora de la vida siempre incluye un futuro, no busca sólo una eficacia inmediata. De hecho, ni siquiera el consumismo fomentado por el mercado apela sólo a lo inmediato; ese consumismo capta todo nuestro interés cuando apunta a una plenitud que luego ningún objeto termina de saciar.

Pero ahora es conveniente aclarar que Blondel no se refiere a una idea fija, a una obsesión que nos toma de tal manera que no somos capaces de ver otra cosa. Al contrario, el fin que motiva la acción apasionada, fecunda, auténticamente unificadora de nuestras energías, no puede ser tal que nos aisle de lo real, que nos impida percibir la riqueza y la variedad de la vida. Surge siempre de una confrontación con cosas diferentes, con otros móviles posibles, con otras opciones que, además, impiden que la motivación que nos mueve se fije en una forma invariable que con el tiempo dejará de tener fuerza motivadora. El contraste con nuevos desafíos y nuevas posibilidades hará más bien que esa motivación permanezca viva y siga impulsando la acción:

"Un motivo no es un motivo si se encuentra solo, si se muestra aislado a la conciencia en un impulso de la espontaneidad o en un hábito mecánico, un delirio de enfermo o de alienado, la sugestión de un sonámbulo y el automatismo de un distraído o de un delirante. Si es una idea fija, no es una idea. Toda idea, todo estado de conciencia clara implica un contraste y una oposición interna..." (A 144).

Por la misma razón, es conveniente intercalar actividades de distinto tipo, que nos permitan variar las actitudes internas y no fijarnos en determinados mecanismos que nos orienten en una sola dirección. Además, esa variedad, donde algunas actividades pueden ser vividas más reposadamente y otras pueden ser más desafiantes, brinda cierto saludable equilibrio entre la tensión y el reposo.

Mi costado receptivo

Pero hay que recordar también que la actividad sin receptividad espiritual termina siendo agotadora, porque un desarrollo enorme de lo donativo sin el suficiente ejercicio de lo receptivo es una anomalía que, al no realizar un desarrollo armónico de la persona, tampoco permite la unificación de todas las energías personales en un mismo sentido, y así la persona se desgasta en la acción.

El hombre, en lo más hondo de su ser, está hecho también para *recibir*, y hay un tipo de energía que sólo se encausa en las actitudes receptivas. Por eso, solamente a partir de la experiencia receptiva el hombre puede orientarse sana y eficazmente en la actividad.

La originaria receptividad del ser del hombre **9** se prolonga en la necesidad de ser completado en el intercambio con el otro. Por eso, si la experiencia existencial de ser receptivo es poco frecuente, tarde o temprano la persona comienza a vivir en desarmonía: una tensión interna, un estado de ansiedad, y quizás molestias físicas.

Cuando los sabios griegos elaboraron una especulación sobre el vivir humano y lo expresaron en virtudes, concentraron el desarrollo virtuoso en la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza, pero en ese esquema no aparece claramente el aspecto receptivo del hombre. Luego, cuando los sabios cristianos transformaron ese esquema virtuoso a partir de la Palabra de Dios, colocaron en la cima las tres virtudes teologales, y por encima de todo la caridad. Pero describieron la caridad como "**amar**", **sin ubicar allí claramente el aspecto receptivo, el "dejarse amar", la capacidad de "recibir amor"**.

Frente al amor inmenso y gratuito de Dios la actitud primera y fundamental debería ser receptiva, simplemente *recibir*, de manera que nuestro acto de amor a él se entienda como respuesta a ese amor primero **10**. La teología de la gracia ha desarrollado claramente esta convicción de que él nos amó primero, pero la teología de las virtudes y actitudes no desarrolló suficientemente la reacción *receptiva* del hombre.

Y decimos **"reacción"** porque la receptividad no es pasividad, sino otra forma de actividad en la que el sujeto se abre, se ahonda, se desposee para dejarse poseer; hace un acto de aceptación frente al que se le ofrece y entrega sus resistencias personales, hace que su ser esté disponible. ¿Podría decirse que es una actitud **"femenina"**? Yo diría que no, porque en realidad la mujer es tan activa como el varón en la sexualidad. Diría más bien que es una actitud común al varón y a la mujer, aunque ambos la vivan de diferentes maneras. En el fondo del corazón humano sólo podemos ser receptivos, porque no somos dioses sino criaturas, porque ***el amor divino no se fabrica ni se compra, sino que se recibe.***

En el desarrollo de este aspecto receptivo, junto con una actividad movilizadora por una motivación que la unifique, es donde el hombre puede vivir intensamente sin desgastarse, sin experimentar agobio ni fatiga, quedando lugar sólo para un sano y feliz cansancio que requiere sólo pequeñas cuotas de descanso y de distracción. Es un cansancio amante que brota de la actividad de una persona felizmente inmersa en el amor, ya que está íntimamente convencida de que **"Dios es amor, y que la vida está habitada por un misterio acogedor a quien Jesús llamó Padre, origen y sentido de cuanto existe"** **11**.

Se trata entonces de unir a la actividad algunos momentos que se destinen sólo a dejarse amar por Dios, a dejarse tomar, a recibir serenamente. Y este es en realidad el mejor modo de entender los momentos de oración personal que se **"roban" a la actividad. Esos tiempos** para dejarnos amar, reposando gratuitamente en su presencia acogedora, van desarrollando un verdadero sentido de Dios que la actividad por sí sola no puede generar, ya que **"hay una enorme distancia entre comprender y llamar a Dios padre y experimentarlo como Padre, una distancia que puede y debe ser recorrida a lo largo de la existencia"** **12**. En este sentido sí es necesario un tiempo separado de la actividad y distinto de la espiritualidad que se vive en la acción misma.

Pero también es cierto que ese tiempo reservado a **"recibir", termina alimentando un aspecto** que es parte de la espiritualidad ***en la acción***, ya que hay una receptividad que debe ser vivida en medio de la acción misma para que la acción sea plena. Por ejemplo, no puede hablarse de una auténtica celebración de la Eucaristía si uno mismo no se deja amar por Dios en ella, ni puede hablarse de una relación sana y auténtica con la gente si uno de algún modo no se deja amar por ellos. Y entonces tenemos que decir también que, desarrollando este aspecto receptivo en la acción misma, la oración personal a su vez recibe alimento de esa acción y puede crecer como experiencia de receptividad.

Esta receptividad vivida tanto en la oración como en la actividad es lo que San Pablo expresaba al decir: **"Ya no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí"** (Gál 2, 20). Por eso debemos decir ahora que tanto la espiritualidad, como la contemplación, como la receptividad, no son realidades exclusivas de los espacios de oración y recogimiento, sino que las tres experiencias se viven, aunque con modalidades diferentes, tanto en la oración como en la actividad.

Para alimentar esta dimensión receptiva, puede ser útil meditar algunos textos bíblicos donde Dios, de variadas maneras, nos habla de su amor: Lc 15; Os 11, 1-9; Is 43, 4; 49, 15-16; 54, 10; Sof 3, 17; Gál 2, 20; 1 Jn 4, 8-18; Apoc 21, 3-4 ...

Advirtamos que la receptividad implica un abandono de los controles, la renuncia a ser el dios de la propia vida, a tener bajo el propio dominio y minuciosamente planificado todo el futuro. El corazón verdaderamente receptivo sabe que es poco lo que puede prever y calcular, porque lo mejor es lanzarse mar adentro, dejar la propia vida bajo el impulso y la creatividad del Espíritu, que sopla donde quiere y abre siempre nuevos espacios; sólo él sabe en qué terminará nuestra aventura. El que se deja tomar por el Señor **"entiende mejor el**

sentido de su existencia, y su horizonte cobra una amplitud sin límites... **porque la propuesta es dedicarse a un océano lleno de misterio y de un atractivo verdaderamente fascinante” 13.**

Por último, la dimensión receptiva nos permite valorar con humilde gratitud y profunda ternura la dignidad de haber sido agraciados por Dios con su amistad. Es bello sentirse agraciado, haber sido elegido gratuitamente para ser sus amigos sin que uno lo haya merecido o comprado con algo, sin que pueda adquirirlo, exigirlo o esperarlo por algún título u obra personal.

Tampoco lo que se haga luego de recibir este don sobrenatural puede convertirlos en algo merecido o comprado, algo de lo cual uno sea “digno”. **No hay que desvivirse para poder sentir que estamos a la altura de los regalos de Dios.** Eso sería degradar miserablemente el **valor de sus dones, que no tienen precio. Si en esta tierra “todo se paga”, la elección de Dios, en cambio, siempre seguirá procediendo de su libre mirada de amor.** Por eso su amistad no nos hace sentir más que otros. Pero al mismo tiempo, haber sido agraciados de esa manera nos hace tiernamente felices, no dejamos de vivirlo como un privilegio precioso, celebrado a veces hasta las lágrimas. Esa experiencia despierta una respuesta agradecida, una reacción amorosa que nos lleva a entregarnos gratuitamente en el camino de la actividad, el servicio, la construcción de la historia.

La conciencia de esta mirada de Dios hacia nosotros nos permite renovar nuestra alianza de amor con él, y sentirnos firmes en él. De ese modo, podemos vivir para los demás ejercitando nuestros dones, pero sin esperar que ellos le den un sentido pleno a nuestra vida. Somos de Dios, y él quiso hacerse nuestro; ésa es la alianza radical que sigue sosteniendo nuestra vida cuando todo lo demás se cae, y que nos hace felices en la acción también cuando nuestra tarea no nos ofrece éxitos visibles.

1. Este artículo tendrá un desarrollo más extenso en un libro de próxima aparición titulado *Actividad, espiritualidad y descanso*.

2. L. Cencilio, *Última pregunta. Paradojas de la madurez y el poder*, Salamanca 1981, 50.

3. Ibid 59.

4. S. Buenaventura, III Sent., dist. 27, a. 2, q. 4.

5. X. Zubiri, *Naturaleza, historia, Dios*, Madrid 1994, 427.

6. J.M. Uriarte, “La espiritualidad del sacerdote”, en *Pastores* 12 (1998) 43.

7. M. Blondel, *La acción*, Madrid 1996, 140. En adelante se citará en el texto con una A y el número de página.

8. K. Wojtila, *Persona y acción*, Madrid 1982, 221-227.

9. C. Bruaire, *L’être et l’esprit*, París 1983, 58.90.

10. Cf. F. K. Nemeck, *Receptividad*, Madrid 1985.

11. J. A. García, *En el mundo desde Dios*, Santander 1989, 123.

12. J. L. Martínez, *Sobre el cuerpo y el espíritu*, Madrid 1997, 131.

13. C.M. Martini, *Las confesiones de Pedro*, Estella 1994, 54.